

Y los tres calaveras entraron á descansar de las picaduras que en el rostro les habían hecho para despertar sus sentidos las muchachas, y de la paliza que para prepararles el estómago les habían propinado los atletas con sus aceites al cuerpo. Y entraron. Mas, en cuanto entraron, como vieran tres lechos aparejados, tendiéronse sobre sus colchones de púrpura puestos en armadura de marfil, y durmieron nuevamente, roncando á su sabor, hasta que los despertaron unas cadencias báquicas de voluptuosos címbalos. Al despertarse todos á tales horrorosos estruendos, encontráronse Othón y Tigelino con que les habían vuelto negros enmascarándoles el rostro con un betún compuesto de sebo y hollín. Gritaron como energúmenos, invocando los dioses infernales sobre aquella soez familia; y Nerón rió mucho el disgusto, porque con él no se habían metido para nada, ni le habían tocado un punto el pelo de la ropa. Mucho les costó lavarse, pero se lavaron, y más ponerse como el ampo de la nieve, pero se pusieron; pasando entre burlas y chacotas adelante con espacio, pues se necesitaban más iniciaciones para entrar en la cena de Trimalción que para entrar en los misterios de Isis ó Eleusis. Con efecto, habíanles los danzantes dejado de su puño, cuando se les presenta un coro de jóvenes y desnudos ganimedes, los cuales ofrécnles en sus copas vinos de Falerno y en sus labios besos de voluptuosidades horrorosas é infames. Pero no había más remedio que seguir todos los ritos de aquella liturgia sensual, y pasaron por cuanto exigía el anfitrión para el ingreso en sus cenas. Ya dentro, les ofrecieron otro no menos horrible y apenas verosímil espectáculo en sitio donde trocaban unos esclavos, reunidos para ello, las muchachillas de nueve á diez años en mujeres, entre chacotas y risotadas de aquellos espectadores verdaderamente criminales, cuyos crímenes, por inverosímiles apenas creeríamos, si no estuviesen todos ellos certificados por la tradición y por la historia. Poco á poco llegaron los tres amigos á la puerta del festín.

- Verás cosas extrañas — murmuró el buen Tigelino á la oreja de Nerón.

- ¡Ya lo creo! — dijo éste.

- Trimalción anuncia los platos con trompeta.

- ¡Buena ocurrencia!

- Y luego tiene un reloj que señala cuánto se ha tardado en comer cada uno de los manjares.

- Hombre como él no le hay — observó riéndose con ganas Othón.

- Pues aún hace más: como padece de la orina, lleva delante de sí el cuitadísimo cierto vaso de plata con tapadera de oro.

- Y en efecto — añadió Tigelino, — ahí está.

Y apareció Trimalción. Iba en litera, coronábalo grande pelucón de púrpura y envolviólo hermosa túnica del mismo color y materia. Los siervos arrojaban sus cuerpos al paso como si fueran alfombras; los músicos le tocaban flautas al oído; las alquiladas hetairas le quemaban pastillas de perfume cerca del olfato en áureos braseros, y un coro de farsantes, vestidos de verde y adornados con cintas escarlatas, cantaban todos á una con acompasadísimas cadencias. Así, cuanto se descubría en torno suyo era extraño. Había pintado un perro en la portería con tal realismo, como ahora se dice, que los chicos se asustaban, creyéndose amenazados de mordedura cierta. Junto á esta figura veíase un mercado



La Fortuna (Estatua del Vaticano)

de siervos con sus respectivos precios al cuello y á Trimalción entrando como un vencedor en él bajo los mismos arcos de triunfo erigidos en honor de los verdaderos é históricos defensores. Un poco más lejos aparecía con su caduceo en la mano, sus alas á los pies, en la cabeza el capacete, disfrazado de Mercurio, que es dios en transacciones y en tercerías. No lejos de allí coronaba con laureles



al glotón la Fortuna y le tejían la vida con hilos de oro las Parcas sin tijeras. En una gran caja de cristal y piedras preciosas había guardado la barba primera que se afeitara, y en un armario el repuesto de dioses lares que le protegían y amparaban. Excusamos decir que, habiéndose presentado allí de parranda Nerón y sus dos compañeros á holgarse y divertirse, no cesaban un punto en sus risas y burlas cada vez más exageradas por su sentido y más fragorosas por su estruendo.

— Mira — decía Tigelino á Nerón — los siete planetas, los cuartos de luna, los días faustos y nefastos.

— Hoy es fausto para Trimalción y para nosotros nefasto — decía el emperador.

— ¿Cómo nefasto, cuando nos proponemos recrearnos de todos los modos posibles? — Othón preguntó.

— Está en lo justo nuestro camarada — observó Tigelino; — imposible sea día nefasto este de tanto goce y bureo.

Con efecto, un esclavo griego desnudo, semejante á estatua de los primeros escultores, alzabase de pie á la puerta de los estrados y decía con grandes instancias á los recién llegados estas palabras:

— Entrad con el pie derecho.

Un esclavo de Alejandría invitaba á cada convidado á lavarse los dedos con agua de nieve muy fría vaciada desde un aguamanil de plata muy hermoso. Otros lavaban en ajofainas de oro los pies á cada huésped, mondándoselos como diestros consumados callistas. Los de más allá escanciaban viejo Falerno en vasos murrinos. Y todos cantaban á una, formando armoniosísimo coro; pues no había criado en aquella casa que no tuviera, sobre su particular oficio, en debida consonancia con cada oficio respectivo, la mayor destreza y habilidad imaginables en el difícil arte de la música. Trimalción se reservó el sitio de honor que no podía ceder al César, yendo éste como iba disfrazado y sin la menor insignia recordatoria de su dignidad y de su cargo. Así es que sus dos compañeros y él se tendieron en lechos recatados y retiradísimos, sin que nadie se parara en su colocación y en su sitio, pues aunque todos á una supieron con quién comían, ninguno se daba por entendido, en el recelo de suscitar las neronianas iras, más temibles que cualquier plaga de las muchas existentes en el universo mundo. Empezaron los platos con

aperitivos que consistían en salazones muy provocativas de la sed y en aceitunas verdes y negras muy regaladas; todo ello servido en menesteres compuestos de metales preciosos repujados con el nombre de Trimalción y regulados por diversas formas, á cual más caprichosa ó arbitraria ó bizarra, en remedos de seres materiales pertenecientes á todos los reinos, en que la creación se divide y clasifica, por verdaderas entrelazadas series. Pero lo más extravagante de todo lo allí presentado y sucedido consistió en el paseo dado á Trimalción entre las mesas mientras los convidados abrían el apetito con los ya sabidos excitantes. Llevábanlo en unas andas sobre los hombros y medio tendido, con su cabeza sobre la izquierda mano para dejar á la derecha el desembarazo necesario á los violentos y exagerados y repetidos saludos. Un capuchón de púrpura lo cubría como á un emperador de Asia; bajábale del cuello al vientre una servilleta de seda india; relucíanle las numerosas sortijas de los dedos con relucientes fulgores, y en los brazos esplendían brazaletes de oro y marfil, dándole tales brocados y tan relucientes metales aire de un sátrapa ó de un ídolo asiático. Tras la procesión lo sentaron sobre la sede mayor, y en cuanto hubo engullido los manjares que abrían la cena, varios pregoneros, á cuyos pregones precedían estridentes toques de trompeta, iban anunciando en desaforadas voces los subsiguientes platos:

— Huevos de pavo real — dijeron á voces aquellos extrañísimos heraldos.

— ¿Huevos? — preguntó Tigelino con extrañeza.

— Veamos.

Y los rompieron cada cual dando con ellos en la frente de sus vecinos, broma con la que armaron terrible algazara.

— Mirad, mirad.

— ¿Qué?



Pregonero



— Dentro de cada huevo — refirió Nerón á risotadas — hay un sabroso pajarito, aderezado con salsa de yemas salpimentadas.

— Pues aún es más curioso lo que ahora llega.

— ¿Qué?

— La procesión de siervos nubios.

— Con efecto, hacen muy bien las vestimentas blancas realzando la piel negra.

— Vino de Falerno — gritaban los voceadores, — del consulado de Opimio; es decir, de hace ahora cien años.

— Bebedlo, bebedlo, bebedlo — gritaba con voces más estentóreas que las de su pregonero el buen Trilmación, — que bebéis de lo bueno. Ayer tuve otra cena, y no dí á catar tales néctares, no obstante ser mis convidados de superior calidad á los de esta noche.

Semejante salida de tono conmovió mucho al concurso, mucho, sabiendo todos como sabían que Nerón se hallaba presente. A éste, á Tigelino, á Othón les causó mucha risa la ocurrencia, que no dejaba de tener gracia, siquiera fuese molesta para el emperador, expuesto á tales villanías bajo sus calaverescos disfraces. Pero bien pronto una cosa nueva divirtió á otro lado la general atención. Dentro de medios globos, compuestos por preciosos metales, traían aves asadas, puestas en círculos, cuyos radios estaban ocupados con liebres, á las que se les habían puesto alas postizas para que figurasen ó fingiesen el Pegaso. De cuatro fuentes fluían cuatro salsas multicolores, las cuales iban á dar en cuatro correspondientes pilones, donde nadaban peces cocidos, que se movían y coleteaban cual si estuviesen vivos. Las trompetas, las flautas, los címbalos, las zambombas, los órganos hidráulicos, todos los instrumentos habidos en la casa entonaron una sinfonía fragorosísima, á cuyas cadencias los siervos danzaron en posturas tan violentas y con gritos tan atronadores que parecían locos escapados de sus respectivos encierros. Y concluido este aquelarre, un gran silencio reinó para que Trimalción pronunciase un discurso acerca de las excelencias del festín.

— Mirad — exclamaba el buen anfitrión, — mis dominios son tan extensos que se cansaría un milano volando en línea recta sobre su longitud. Las lanas sobre que os halláis acostados las traje de

Tarento á mi dehesa parthenopea; la miel que gustáis proviene de colmenas donde se han cruzado abejas traídas del suelo ático y abejas romanas; las sedas se han recogido con cuidado tras una siembra de simiente suya encargada en las Indias: todo lo cual me ha costado cahices de sonantes y contantes áureos escudos. Pues nada os digo de todo lo demás. Esta bóveda bajo la cual cenáis está compuesta, como un cielo de Arato, con todos los signos que reúne nuestro sol en su triunfal carrera. Y cada signo tiene las calidades por él prestadas con su influjo á cada uno de los bajo ellos nacido. El borrego protege á los ganaderos, el toro á los recalitrantes, los gemelos á las yuntas y otras parejas, el león á los glotonos, la virgen á los cobardes, la balanza por el peso á los carniceros que siempre pesan mal, el escorpión á los envenenadores, el sagitario á los bizcos, el gusano á los taberneros, el pez á los retóricos.

— ¡Bravo, bravo! — gritaban todos al final de semejante arenga, subseguida de un trompetazo y de un grito que daban todos con estruendo correspondiente á la fase del monstruoso banquete.

— Cambio de manteles — dijo el heraldo.

— Con efecto — exclamó Nerón, — ahora debe llegar lo bueno, pues representan estos lienzos una montería.

— ¿Pues no oyes cómo ladran los perros de Lavinia? — le observó el diligente Othón.

— Ya están aquí — exclamó Tigelino.

— ¡Hermosos perros! — exclamó Nerón, acariciando una trailla suelta de lebreles que corrían y ladraban en todas direcciones alrededor de las mesas.

— Pues lo más curioso no es esto, sino el gigantón, ceñido de amplio delantal y armado de cuchilla grande, á cuyos sendos lados vienen dos enanillos con esportillas de palmas, los cuales llevan dátiles de la Siria y dátiles de la Tebaida, seguido por un jabalí de cuyo costado saldrán piando ligeras codornices que rozarán las frentes nuestras con sus alas.

Y el programa se cumplió tal como Tigelino lo anunciara, y á cada convidado le tocó una codorniz represa por los esclavos y dos puñados de las sendas datileras predecesoras del extrañísimo plato.

— Ahora vienen las uvas — dice Othón, — traídas por un esclavo, el cual se viste de Baco.



Y con efecto, un hermoso muchacho, en traje de tal dios, reparte los racimos á cada convidado.

— Amigos — exclama con voz estentórea el anfitrión, — se llama nuestro emperador padre de la patria; yo me quiero llamar padre de la libertad. Por lo bien que distribuyera el siervo las uvas, yo lo manumito: es libre.

Y con efecto, el siervo coge un gorro frigio que llevaba el recién servido jabalí en su cabeza, y se declara liberto entre los aplausos y los hurras de toda la concurrencia.

— Puesto que tanto de libertad se habla, ¿por qué no la pedimos para Roma? — dijo un convidado, volviendo á Nerón sus indagadores ojos.

— ¡Roma, libertad! — exclamó Tigelino hablando por cuenta de Nerón, mas con tal desenfado que diríase hablaba por su cuenta. — Roma no puede generar la libertad como no genera la serpiente anguila ninguna. Vuestros partidos deben ser los blancos, los verdes, los azules del amplio estadio en los arcos: nada más. Es preferible apasionarse por un gladiador que no por cien senadores. A cada uno le parece mal aquello que tiene. Si os hallarais en Atenas, diríais que se pasean por Roma los cerdos tostados y con las salseras para su correspondiente aderezo en el morro. Pero como estáis en Roma, queréis los romanos la libertad, cual si los atenienses vivieran en cualquier Elíseo y gozaran de todos los derechos. Y sin embargo, ¿dónde se dan las fiestas y los juegos que aquí en Roma? Donde hay herencias como las de un amigo mío, el cual recibe millones de millones, y los destina mitad por mitad á juegos, tirando por la ventana cuatrocientos mil sextercios en las primeras fiestas. Ya tiene gladiadores tracios, caballitos bereberes, amazonas á lo celta, y como no hay administrador cual su intendente, gustoso le ha perdonado para que lo compre y lo pague todo bien, magüer haberlo invenido con su mujer en la cama. Ya veis que mi amigo tiene grandísimo el corazón y cálida la cabeza, y sin haber comenzado la digestión del banquete de Trimalción ya me huelo el preparado y apercebido por Mumea. En él soltarán tras los gladiadores tigres y leones, para que amenice nuestro festín de ricos platos otro festín de carne humana. Crecidos los pavos reales para nuestras comidas; engalanados con sus plumas de metálicos esmaltes;

cebada la nubia gallina mejor en los gallineros nuestros que en sus estériles arenales; recibidos de las Galias con los copiosos tributos los capones de mucha enjundia; guisadas con buenas salsas las mismas sacras cigüeñas que se posan en los chapiteles; pescadas en todos los mares perlas á celemines para el ornato de nuestras mujeres; acopiado desde lo más ligero, como las tenues gasas parecidas al aire, hasta lo más pesado, como la esmeralda ó el rubí que lanzan chispas verdes y rojas para nuestro lujo y recreo, no puede, no, dudarse de la virtud del pueblo romano, en cuanto la virtud significa fuerza para ostentar las riquezas y no medir los placeres. Bebamos, gozemos, riamos, porque para esto hemos dominado el mundo y puesto á nuestros pies la victoria.

Este discurso que, bajo sus apariencias ligerísimas y calaverescas, ocultaba una defensa de Nerón intensísima é interesada, fué con tanta reverencia escuchado y de tantos vítores y aplausos luego subseguido como si lo hubiera dicho el mismísimo Nerón en persona. Así, una vez concluido, nadie hubiera osado á robustecerlo con adhesiones por miedo de profanarlo, y mucho menos á contradecirlo por miedo de atraerse cualquier capital sentencia de las fulminadas por los césares á capricho. Así es que reinó un largo silencio, el cual no fué interrumpido hasta que numerosos esclavos de amplios vestidos y largas cabelleras salieron echando perfumes en grandes ajofainas con que lavaban los pies de aquellos sibaritas convidados y cubriéndolos de flores en tanto número que parecían mantas pesadísimas y de tal calidad que todo lo perfumaban á una con sus diversos y penetrantes aromas. Tras tales cuidados, el suelo parecía como animarse y moverse al sacudimiento de las orquestas sobre él encerradas; las paredes cubrirse de nuevas figuras como si un artista consumado trazara cuadro tras de cuadro, y las bóvedas abrirse lloviendo menudas gotas de un rocío aromado que parecía como una lluvia de rosas. Después de haber limpiado los pies y cubierto de flores los cuerpos y ceñido las sienes con coronas de azafrán, realmente sólo una cosa quedaba por hacer: echarse á dormir un rato tras la comida, como antes de la comida se durmieran. Y se durmieron... Pero en cuanto se despertaron, alegres y retozones todos, sintiéronse dispuestos á placeres nuevos é idearon oír contrarriñas que recrean y distraen el ánimo. Así con